



## Música

# Ímpetu y nervio para Tchaikovsky

POR Teobaldos

### ORQUESTA SINFÓNICA DE NAVARRA

**Violín:** Akiko Suwanai. **Dirección:** Shi-Yeon Sung. **Programa:** "La sombra de Etiopía en América" de Florence Price (1887-1953). Concierto para violín en re mayor de E. W. Korngold (1897-1957). Cuarta sinfonía de Tchaikovsky. **Lugar:** sala principal del Baluarte. **Fecha:** 27 de octubre de 2022. **Público:** tres cuartos. (de 24 a 5 euros).hb.

**S**hi-Yeon Sung se presenta en el podio del segundo concierto del ciclo de la Sinfónica con una solidez y convicción extraordinarias. Desde abajo se la aprecia con indudables dotes de mando, con un movimiento de batuta bien definido, con atención concreta a las entradas de cada familia de la orquesta, y con una estética si no austera, —ella se mueve hacia los laterales para abarcarlo todo—, sin batutazos en vano; incluso, en algún momento más recogido, dirige sin batuta. El programa, interesante. Dos obras, prácticamente nuevas para la mayoría, y una cuarta de Tchaikovsky, muy del repertorio, sí, pero que hace tiempo que no escuchábamos.

Agradable y placentero, —y tardío—, descubrimiento de la compositora pionera estadounidense Florence Price, todo un referente del antirracismo. Su "Sombra de Etiopía en América" es una especie de poema sinfónico, estreno para nosotros, pero perfectamente reconocible para nuestros oídos: entre Dvorak, con líricos y acogedores compases en violonchelos, y Gershwin: por situarla, pero teniendo en cuenta que Price nació antes que Gershwin. Así que debemos tomar como propio el magnífico lenguaje de aunar la música europea con los ritmos de

sus antepasados. Gustó. El concierto para violín de Korngold, con ser, también, de audición bien recibida para lo poco que se interpreta, no es de los que más emocionan al público, y sin embargo la violinista Akiko Suwanai hizo una versión sin fisuras, con sobrado volumen en el instrumento, que siempre planea por encima de la orquesta. Ese fraseo ondulante y continuo, se embellece, especialmente, en el segundo movimiento, y se carga de danza y virtuosismo en el tercero. No se puede poner ninguna pega a su dominio y técnica. La orquesta secundó a la violinista con opulencia, pero siempre con respeto al bello sonido del violín, un Guarneri del Gesu de 1732. Shi-Yeon Sung hizo una versión electrizante de la cuarta de Tchaikovsky en los tramos más rápidos, y serena en las partes melancólicas. No renuncia a la grandeza en el comienzo de las trompas y así será con metales y toda la orquesta en los episodios en matiz fuerte. La respuesta en la cuerda es tranquila, mullida, sosegada. Va a llevar al límite de la eficacia al orgánico de la orquesta —no muy amplio para esta sinfonía—, por el contraste entre sus partes y el tempo elegido para cada estado de ánimo; dejando que se luzcan las maderas, tan importantes para delinear y definir bien sus respectivos temas —clarinete, flauta, oboe, fagot—. En el segundo movimiento se logró un sonido concentrado en la cuerda, más que de volumen, de intensidad; es lo que el ambiente, de cierta angustia, requiere. El pizzicato muy bien ajustado, con los respectivos acentos incluidos; en orquestas más pobladas, se suele incidir algo más en el matiz "pianísimo" del principio. El torbellino del último movimiento exprimió el virtuosismo de la orquesta, por ejemplo, en el famoso terraplén de la escala descendente en la cuerda. El público se mantuvo en vilo, y soltó bravos al finalizar. La surcoreana Shi-Yeon Sung manejó muy bien el enorme caudal sonoro de la sinfonía; con bastante buena relación entre los metales —que siempre tienden a desbordarse— y la cuerda. ●

